



Agustín Gómez Arcos: "Nunca he adoptado ese culto de la personalidad que ha sido el error fundamental de Arrabal".

Lope de Vega por Queridos míos, es preciso contaros ciertas cosas. Pero para que no se pudiera estrenar en un teatro oficial, decidieron darme el segundo premio, dejando el primero desierto. Así que tenía todos los honores del premio, pero ninguna de las ventajas. Ese mismo año la censura me prohibió tres obras, *Balada matrimonial*, *Mil y un meses* y *Queridos míos*... Entonces, harto ya, sin saber qué hacer ni cómo salir adelante, porque no era cuestión de escribir de otra manera, me marché a fregar platos a Londres, donde estuve cerca de dos años. Luego me vine a Francia.

R. Ch.—Y en Francia, ¿a qué te dedicaste?

A. G. A.—A fregar platos también; muchísimos platos. Creo que todos los platos de París los fregué yo durante años. Luego empecé a trabajar en un café-teatro, haciéndolo todo: programando, escribiendo obras, montándolas, barriendo la sala, sirviendo las bebidas, cobrando, pagando a los actores, todo lo hacía yo. Así sobreviví durante años, hasta que de repente la editorial Stock, para quien hacía informes sobre libros, me propuso que escribiera una novela en francés.

R. Ch.—Vuelvo a insistir, pues me impresiona mucho que te hayas despojado de tu idioma, sobre todo para escribir cosas tan rabiosamente españolas.

A. G. A.—Yo creo que las cosas hoy son planetarias. Da lo mismo que se expresen en inglés, que en francés o que en español, o en quechua. Y estos libros los he escrito en francés, pero el día que estén traducidos al sueco, al alemán, al inglés; que yo haga un texto español. ¿Qué importancia tiene que el libro originalmente se haya escrito en francés o en español? Le concedo importancia al talento, y no al idioma. Yo no he leído a Marx en alemán, lo he leído en español...

R. Ch.—Y tal vez por eso no seas marxista... eres más bien libertario.

A. G. A.—No, no. Eso no tiene nada que ver con la lingüística, es una cuestión de temperamento. Cuando yo hablo en *Escena de caza* (furtiva) de los "textos sagrados", estoy hablando de eso. Porque para mí ese tipo de textos son el evangelio de nuestros días, de una posible nueva civilización. En efecto, no pertenezco al Partido Comunista, y eso se debe a mi temperamento; soy más libertario que marxista, pero los análisis que yo hago de las situaciones en las que coloco a mis personajes creo que tienen una base marxista. Mi temperamento es otro, pero para eso está el cerebro. Todo esto es completamente independiente de la lengua.

R. Ch.—¿Cuál es tu método de trabajo?

A. G. A.—Yo tengo una manera muy especial de trabajar. Antes que nada, construyo la tesis de un libro. Es decir, me planteo el problema de lo que voy a escribir. Por ejemplo, en *Escena de caza* (furtiva), el problema era escribir sobre la tortura —de todos los órdenes— que provoca un régimen totalitario. Esto es una idea intelectual, y esto, naturalmente, es el esqueleto de un libro, que no debe ver después el lector. A partir de ahí busco los personajes que puedan encarnar este esqueleto. Una vez que los encuentro, imagino su universo. Tiene que ser un universo completamente personal, no puede ser el mío. Cuando tengo todos esos elementos —que pienso, que medito durante muchísimo tiempo—, el trabajo se hace completamente solo, y si me permites que te lo diga, pues es algo así, con todos sus elementos. Y como he hecho todo ese tipo de búsquedas, todo lo que es el libro: estilo, imágenes, lenguaje, pertenece a eso, ya no me pertenece a mí. En el fondo es un trabajo casi inconsciente. ■

La homosexualidad, una herejía de nuestro tiempo

DESDE sus inicios, la sociedad autoritaria ha debido establecer una norma y un castigo para quien la infringiera. Una norma muchas veces —casi siempre— sin referencia directa con los problemas reales de los pueblos a quienes se les impone, pero que siempre responde a los intereses del poder, y, sobre todo, a su interés primordial: mantenerse y facilitar la represión de la mayoría. Un típico ejemplo de estas cómodas leyes represivas son las que en la Edad Media y en siglos posteriores castigaban a brujas y herejes. Por medio de ellas se mantenía sujeta a la mayor parte de la población, aterrada por pensar de manera diferente a la establecida, en el caso de los herejes, o por ser o parecer distintos en el caso de las brujas. La Inquisición, brazo armado de la Iglesia y de los estamentos sociales en el poder —del Estado, en una palabra—, se mantenía a sí misma y engrosaba sus arcas gracias a la confiscación de bienes y al terror que provenían del ejercicio de sus funciones.

Ahora, en nuestro siglo XX, que nos parece más iluminado que los anteriores, quizá porque se cubra con más oropel de ciencia, las herejías y los delitos de brujería han sido sustituidos por otros fantoches: la "disidencia política" en las dictaduras, y ese amplio continente que todo abarca de la "marginación social" en el resto del mundo. Marginados sociales pueden ser los "locos", los drogadictos, los homosexuales y los minusválidos. También aquellos que visten de una forma en exceso estrafalaria, o que deciden —por ejemplo— no vestirse. Todos aquellos que se salen de unas normas impuestas en base a una supuesta "moral natural", cuyos principios nadie ha sabido todavía definir.

Del problema de los homosexuales nos habla concretamente el libro *"El homosexual ante la sociedad enferma"*, serie de trabajos sobre el tema de la homosexualidad recogidos por José Ramón Enriquez, editado por Tusquet en su colección *Acracia-Libertarios*. Se pretende en él dar un nuevo enfoque al problema y presentar la represión y marginación de esta minoría erótica como síntoma de una profunda enfermedad de la sociedad. Hasta ahora se había dicho que los grupos de marginados eran un "cáncer social"; lo que es realmente canceroso son los dispositivos legales contra estos grupos marginados. La sociedad, en este caso, actúa como un cuerpo aquejado de cáncer: genera localmente anticuerpos, defensas que se reproducen sin parar y que atacan al propio organismo que las segrega. Nuestra sociedad puede llegar a morir —y, de verdad, quien esto afirma espera ansioso tal momento— por exceso de celo en su propia defensa.

El libro de Enriquez es desigual: ante textos de una claridad y lucidez envidiables, los hay que no tienen el menor interés; algunos incluso sobran: son precisamente los que están demasiado comprometidos en la defensa de una causa concreta, como para que el autor se preocupe de tener un mínimo de claridad y de buen estilo. Pero entre los buenos es necesario señalar los dos Armand de Fluviá, contándonos en uno la historia de la represión antihomosexual en la legislación española desde los primeros textos —fueros— legales, y en otro, la génesis y desarrollo de los movimientos de liberación homosexual en nuestro país. Pero a pesar de su desigualdad, y de que algunos de los textos que en él figuran haya aparecido ya en otros órganos de comunicación, se trata de un trabajo absolutamente necesario para quien quiera comprender la problemática del homosexual inmerso en la sociedad de nuestros días, y, a través de ella, la de toda minoría oprimida.

Para los amantes de la literatura es de obligada lectura la entrevista que se le hace a Jaime Gil de Biedma sobre la homosexualidad en la generación del 27. Se trata de un texto de aparente trivialidad, que no profundiza demasiado en el tema. Pero gracias a él, y al verbo mágico de Gil de Biedma, podemos encontrarnos con una de las características que hicieron de esta corriente poética una de las más importantes no sólo en nuestro país, sino del mundo: un desplazamiento del Eros a campos más amplios, una ampliación del panorama de la sensibilidad poética. ■ E. HARO IBARRA.